

## El mensaje de la ventana

Había comenzado la cuarentena ¿Qué podría hacer en mi casa? Me hice esa pregunta y miré por la ventana...

Al principio, contemplaba el sol radiante que todavía abrigaba. Lo observaba rápidamente ya que esas tres semanas de cuarentena había que aprovecharlas para “terminar lo que estaba pendiente”. A medida que transcurrían los días, el sol se asomaba cada vez más tarde y se escondía más temprano, pero tenía la sensación de que el tiempo era más lento y hasta llegué a perder la noción del día en que me encontraba, porque “todos los días parecían iguales”.

A pesar de que tenía la suerte de que continuaba trabajando de manera virtual, había podido concluir todo aquello que estaba pendiente y comencé a buscar qué hacer. Lo primero que pensé fue en ayudar, ya que cada persona estaba en una situación diferente. Más allá de la asistencia económica que podía dar, me di cuenta de la importancia que tenía brindar una palabra de aliento. En ese contexto, para muchos, era indispensable. Y esos mensajes de afecto no sólo se emitían de las palabras, sino que comenzaron a surgir otros medios para demostrarlo y, para ello, afloró algo que muchas veces subestimamos: la creatividad.

De repente, me sorprendí al darme cuenta de que ya no tenía la obligación de realizar ciertas actividades, sino que “quería hacerlas”. Y a partir de ese momento mis preguntas cambiaron. Ya no me preguntaba qué podría hacer, sino que comencé a cuestionarme qué quería ser. Mi mente ya no se adelantaba tanto al futuro ni añoraba el pasado, sabía que lo único que podía hacer era vivir el presente, porque todo lo demás era incierto.

Anunciaron que la cuarentena se extendería y ya no se sabía hasta cuándo. Seguí mirando por la ventana y observé que con el otoño comenzaban a caer las hojas de los árboles. Y sentía que la vida que había allí del otro lado de la ventana era un reflejo de lo que sucedía al interior. Como las hojas, cayeron mis falsas creencias de quién era y de lo que consideraba valioso en la vida. Aunque dolía desprenderse de “aquello que había sido parte de mí” me sentí más liviana, más libre, más auténtica. Entonces observé que a mi alrededor las personas también “estaban perdiendo sus hojas” y que, gracias a ello, se volvían

más transparentes: podían verse sin follaje.

Al mirar nuevamente por la ventana observé una gran cantidad de pájaros volando y cantando. En ese momento, recordé la única vez que había ido a un zoológico y supe que sería la última. Comprendí lo difícil que sería para un animal vivir encerrado, lejos de su hábitat, lejos de su hogar. Comparé esa situación con la cuarentena que estaba viviendo la humanidad, pero no era lo mismo: los animales nunca sabrían si en algún momento iban a volver a ser libres, nosotros sí.

Días después deseaba seguir mirando por la ventana, porque luego de tantas horas frente a las pantallas necesitaba observar la vida real. Así, llegué a mirar los primeros copitos de nieve que comenzaban a cubrir los árboles. Y, horas después, todo se vistió de blanco. Pero para ello, había sido necesario que las hojas cayeran, porque sino la pureza y la magia de la nieve nunca iba a llegar al tronco del árbol, ni a su base, ni a su esencia. También observé que las ramas más fuertes no se quebraban. Y me di cuenta de cómo habían cambiado mis hábitos. Cuando comenzó la cuarentena me había propuesto meditar y hacer ejercicio diariamente, ya que sabía lo importante que era mantener el cuerpo saludable, con las defensas altas. Me sentí igual que aquellas ramas, tenía la certeza de que las situaciones externas no iban a quebrarme y que, si las sobrellevaba, me haría más fuerte.

Así aprendí que, a pesar de que los días parecían iguales, cada despertar era diferente y me brindaba un nuevo aprendizaje. Semanas después ya estaba culminando totalmente la cuarentena. Volví a mirar por la ventana, vi a la primera mariposa pasear por la vereda y mi rostro dibujó una sonrisa. Había comprendido su mensaje.

**Daniela Hefner**

Estudiante Lic. En Letras

Sede Andina UNRN

Octubre 2020